



NICOLAS PARODI

## Independencia. La sociología, el desierto y su siglo XIX

POR ESTEBAN DE GORI

Licenciado y profesor en Sociología, doctor en Ciencias Sociales (UBA). Investigador Adjunto del CONICET y del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC). Profesor Adjunto de Historia social argentina y JTP de Teoría social latinoamericana. Sus temas de investigación giran en torno al análisis de imaginarios y lenguajes políticos de las élites en América (siglo XIX). También, parte de sus preocupaciones se inscriben en el debate sobre fenómenos políticos contemporáneos. Autor del libro *La República Patriota: Travesía de los imaginarios y de los lenguajes políticos en el pensamiento de Mariano Moreno* (Eudeba, 2013). Ha compilado varios libros y publicado artículos sobre estas temáticas en diversos libros, revistas digitales (*Panamá Revista, Anfibia*) y revistas académicas.

La Independencia, su declaración, las guerras, los laboratorios institucionales y políticos que erigieron los revolucionarios, como sus diversas conmemoraciones posteriores nos suscitan una pregunta: ¿qué territorio constituye o posee el siglo XIX en la sociología argentina actual? ¿Por qué la sociología de las últimas tres décadas se distanció de los pensadores sociales del siglo XX que reflexionaron sobre esos acontecimientos? El siglo XIX es nuestro Vietnam: sabemos que está, tenemos “veteranos del pensamiento”, pero los dejamos allí. En Arlington. Retozando bajo el sol y en los libros. Nos desprendimos con cierta violencia fundacional de nuestro pasado. La sociología argentina estableció su cuartel de operaciones en el siglo XX y XXI. Sin nostalgias. Nuestra disciplina obró -en la posmoderna actualidad- sin tiempo anterior, como si fuese un gobierno nuevo. Se refundó a sí misma en un determinado rango temporal. Nuestro habitus académico dejó al siglo XIX en el mundo de lo tradicional. En el pasado del pasado.

De esta manera, suspendimos la posibilidad de recuperar esas memorias intelectuales de nuestra historia y la complejidad de ciertas preguntas que han articulado gran parte de una sociología interesada en la realidad argentina: el orden y su historicidad, la conformación de sus diversos actores, sus imaginarios, sus rutinas, etcétera. ¿Cómo se recrearon, mutaron, transformaron o eclosionaron estas “dimensiones”? ¿Cómo se construyó ese milagro -en palabras de David Hume- por el cual pocos gobiernan a muchos? ¿Qué

imaginaciones sobre el poder y la sociedad orientaron y enfrentaron a hombres y mujeres?

Desde la refundación de nuestra carrera (Plan de Estudios de 1988), construimos una ficción del quehacer sociológico -tomando la idea de ficción de Edmund Morgan (2006)- en la que podíamos funcionar sin un tiempo, sin el ejercicio de ir a otro tiempo e ir a otros textos para pensar la realidad argentina. Una ficción potente.

La transición democrática nos empujó a las tareas de ese presente y en ello nos quedamos. Esta acción funcionó y -paradójicamente- seguirá funcionando sin grandes interrupciones. Pensamos el orden argentino actual sin una historicidad del orden, como de sus diversas trayectorias, vocablos y actores. En este territorio dilemático nos encontramos.

La proximidad de la conmemoración y el bicentenario de la Independencia nos recuerdan el “vacío” intelectual de la sociología argentina sobre el siglo XIX<sup>1</sup>. Como dijimos, no tenemos ese siglo. Se volvió un tiempo esquivo para la mayoría de nuestros programas de estudio y preocupaciones. Empezamos, caprichosamente por 1880, en la fundación del Estado nación. Éste fue nuestro punto de partida, obviando la larga marcha de la construcción del orden posrevolucionario. Un experimento pedagógico que nos indicaba que la modernidad “forjada” en esos 1880 inauguraba -al mismo tiempo- una lectura “moderna” de la sociología. Por tanto, la hipótesis de esta lectura no

▶ debe encontrarse en la mirada tradición-modernidad esgrimida por Gino Germani, sino en una lectura de nuestra disciplina sobre 1880. Nuestro punto de partida fue el Estado nación y no el orden. Fue la nación y no la crisis del Imperio español.

En esta cuestión, reside *la* fundación de una perspectiva que organiza el trabajo sociológico.

¿Qué debería hacer la sociología con los materiales históricos de su pasado y del pasado histórico? ¿Qué hicimos de éste? Lo transformamos en desierto, caos o tradición. Este *modus operandi* de la mirada de la sociología argentina actual desestructuró la "joya" del pensamiento disciplinar: la construcción de las obediencias en nuestro territorio, sus liderazgos, las estructuras, la movilización de recursos por hombres decididos a establecer una autoridad legítima para sustituir un Rey (1808) en cautiverio. A su vez, desestructuraba cierta perspectiva de la modernidad política que se inscribe en aquellos vocabularios, prácticas e instituciones donde el pacto y el pueblo se transforman en el fundamento de la autoridad y de su representación. Por tanto, no nos perdimos sólo la vitalidad explicativa y heurística del siglo XIX, sino "parte" de la historicidad de la modernidad política.

Durante una fracción significativa de estas últimas tres décadas, el trabajo sociológico dinamitó parte de sus capacidades analíticas en el debate entre "ensayismo" y "cientificismo". Muchos entendían que allí se dirimían tradición y modernidad como bloques "puros", "inapropiables" e "impenetrables". La profesionalización de los últimos años desplazó este binomio güelfo-gibelino a otras costas. La disolución de este binomio conflictivo y de sus ordenadores discursivos (tradición-modernidad) puede habilitar la interrogación sobre el complejo siglo XIX. Algo se ha "aflojado" y ello nos despeja el camino para otras indagaciones.

### III

De los autores clásicos como Durkheim, Weber, Marx, Nisbet, Elías, Mosca, Aron y de otros tantos, parece no interesarnos aquello que estos autores "hicieron" con sus siglos anteriores, sino colocar la mirada sobre la efectividad de sus conceptos, de sus metodologías y epistemologías desconociendo así la historicidad que atraviesan esas construcciones discursivas y teóricas. Nos quedamos con la dimensión objetiva del concepto y relegamos su interacción con el mundo de luchas y de las culturas políticas. Nos apropiamos de una sola cara de Jano y la otra la dejamos librada a su suerte.

Nuestra disciplina actual ha desertificado su siglo XIX y además ha empujado el tratamiento de los clásicos sobre los siglos anteriores a un acto residual o meramente contextual. De esta manera, nos perdimos de

hacer una sociología de lo político o una sociología de los vocabularios políticos. Una que incorpore -como condición sine qua non- la historicidad de los textos, de las culturas políticas que los suscitan, de su circulación, de sus sentidos y de los efectos performativos en la vida cultural y económica. Una sociología que "baje" o "ponga la oreja" en el actor/agente (histórico), con las pretensiones comprensivistas weberianas y las precauciones que nos dejan las estructuras-estructurantes bourdieuanas para pensar la libertad, la dominación y su reproducción.

### IV

El proceso de Independencia es un buen laboratorio para renovar nuestras preguntas y estudios. Habría que devolverle su significación para poder comprender algunas dimensiones y dinámicas de la política argentina del siglo XX y XXI. A veces el "pasado" oficia como un material (resignificado) en el presente. "Volver al futuro" de los siglos anteriores puede provocar interesantes aportes sobre la obediencia, la creencia y la dominación.

Durkheim estuvo obsesionado en pensar el orden revolucionario francés, el industrialismo, el individualismo y el vínculo social, como Weber los destinos de la República de Weimar. Como lo indicaban Portantiero (1977) y De Ipola (1997), el punto de partida de los clásicos fue la pregunta por el orden y como éste se había desmoronado o entrado en crisis. La disolución del vínculo social y político había disparado un conjunto de reflexiones que iban desde Saint Simon, Comte, Bonald, De Maistre hasta el propio Durkheim (y si forzamos el mundo intelectual francés, hasta el propio Bourdieu). Orden y crisis; crisis y orden constituyen dos grandes núcleos para hacer del siglo XIX un siglo que sociológicamente se esfuerza por construir uno y por clausurar la otra.

**LA NACIÓN ARGENTINA ES UN RESULTADO CONTINGENTE DEL PROCESO REVOLUCIONARIO. NADA NI NADIE ADVERTÍA QUE ESTO INELUDIBLEMENTE PODRÍA TERMINAR EN UNA NACIÓN.**

### V

Nos debemos una sociología de lo político para el siglo XIX y específicamente para la aproximación a los sucesos de 1816. Estamos ante una gran escena. Una gran crisis monárquica por la ausencia del Rey (1808) y que se expande a todo el territorio atlántico. Autoridades convulsionadas. Una lucha por erigir y fundamentar nuevas autoridades. Opción republicana. La guerra entre aquellos que pertenecieron a la misma monarquía y las pugnas por opciones políticas distintas. Palabras que orientan los cursos de acción. Los textos, los dirigentes insurgentes/realistas y las armas. Entonces: ¿qué sociólogo o socióloga estaría dispuesto/a a perderse este fresco? Es toda una *road movie* de sucesos que nos impulsa a la reflexión. Sobre todo, si este impulso provee una "caja" de procesos, rutinas y configuraciones que se han resignificado, recreado y transformado hasta nuestros días. Esto nos permitiría, por ejemplo, resituar el momento democrático argentino, los caudillos, la dependencia económica, las maneras en que hombres y mujeres se imaginan la política, el Estado y su vida. De tal modo que no nos permita caer en comparaciones rápidas y abstractas que nos lleven a adjetivos como "insuficiente", "anómalo", "deficiente", "atrasado", etcétera.

### VI

Nuestro punto de partida curricular fijado en 1880 oculta algunas consideraciones interesantes para pensar y debatir en torno a la Independencia. El territorio americano integraba la monarquía, por tanto, sus sucesos se inscriben en una geopolítica atlántica y global que dispara revoluciones en la metrópoli y en la periferia (cosa que no sucede con el Imperio inglés). Por tanto, la soberanía imperial -repensada por Adelman (2015)- dio lugar, en ciertos casos, a la formación de los Estados nacionales. Pero dicha soberanía nacional fue la consecuencia no deseada (ni imaginada) de los ajustes y luchas que buscaron reorganizar institucionalmente el Imperio español. Nadie deseaba ni planificaba ser argentino en 1810, pero sí intentar resituar su lugar político y territorial en la crisis y fragmentación desatada por la invasión napoleónica y los procesos juntistas metropolitanos.

La nación argentina es un resultado contingente del proceso revolucionario. Nada ni nadie advertía que esto ineludiblemente podría terminar en una nación. La pugna por suturar la crisis abrió otras tantas que redefinieron posibilidades y estrategias. Los actores se incorporaron a la lucha por un orden, pero sin una "nación argentina" como meta.

Desde la crisis iniciada en 1808, las vidas de los sectores letrados, militares y plebeyos (americanos y metropolitanos) se vieron sometidas a profundos cambios políticos, culturales y económicos. Los vínculos se redi-

señaron, se aflojaban y restablecían. Nada sería igual. De hecho, fue de tal magnitud que el proceso revolucionario produjo instituciones y constituciones, como el rigor crítico de las mismas.

La creación de una esfera pública, la puesta en juego de diversas representaciones, los republicanismos y liberalismos en marcha (americanos, como metropolitanos) nos colocan ante la necesidad de afinar nuestra apuesta por una sociología que se introduzca en el análisis de las prácticas situadas, de los vocabularios e imaginarios.

Todavía siguen resonando en algunas clases afirmaciones que vinculan el pactismo, la república o el liberalismo a un autor específico (Maquiavelo, Rousseau, Suárez) como si los imaginarios políticos que organizaban la vida social en los territorios no tuviesen ninguna relevancia o fuesen estructuras discursivas estáticas. Que relacionan el proceso revolucionario a un proceso determinado (jacobinismo, entre otros) como entidades puras que impactaban en actores disponibles deseosos de un GPS "externo". O, por último, que establecen que cierta idea de nación o de independencia se forjó antes o durante la Revolución de Mayo, e inclusive en el proceso de rebeliones indígenas (1780-1781, Alto Perú).

Una sociología renovada debe advertirnos que las ciudades americanas y metropolitanas del siglo XVIII y XIX (para tomar dos siglos relevantes) fueron tratadas -en última instancia- como espacios sin historia, sin propuestas societales o políticas, sin agentes singulares lanzados a una lucha por el poder con capacidad de abrir "camino" a diversas opciones culturales y económicas.

Éste es un buen momento. La conmemoración podría pensarse como un campo fértil para volver para resituar el siglo XIX -como los anteriores- a nuestras preocupaciones sociológicas. Allí hay materiales, memorias, trayectorias e instituciones que fueron "carne de cañón" en la mano y en la subjetividad de los actores. Y eso, desde la sociología, se lo debemos. •

#### Nota

<sup>1</sup> No quisiera ser injusto con la gran obra de Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (*América Latina. La construcción del orden. Tomos I y II*, Buenos Aires, Ariel, 2012) y con el libro de Horacio González (*Restos Pampeanos. Ciencias, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999).